

auditorio. A todos deseo unas fiestas abundantes de toda suerte de bendiciones: no permitais que mis votos salgan fallidos. Así como vuestras ansias quedaron cumplidas con vuestro venturoso parto, haced que mis deseos sean satisfechos con los copiosos raudales de gracias que lluevan sobre nosotros. *Amen.*

NUESTRA SEÑORA DE LA FÉ.

Beata quæ credidisti!
¡Oh bienaventurada tú que has creído!

(Luc. I, 45).

Muchas son las interpretaciones que los Doctores y Padres de la Iglesia dieron al nombre de María, y las más notables son las de los Santos Isidoro, Bernardo y Buenaventura, quienes haciéndolo derivar del vocablo hebreo *maor*, que significa *luminar*, dijeron que este nombre equivalía á *iluminada*. Y esta interpretacion conviene, no sin razon, á la Doncella de Nazareth por el conocimiento de las cosas celestiales que le fué infundido en el alma, y que ilustró prodigiosamente su mente, á pesar de las profundas tinieblas que rodeaban aún á los entendimientos más preclaros.

¿Y cómo no debía de ser iluminada María, si encerraba en sí el cumplimiento de todas las profecías, y debía ser celebrada como Reina de los Profetas? ¿Cómo no debía ser iluminada, si llevó en sus entrañas á Aquel, que comprende en sí los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, y que, luz indefectible en sí mismo, vino para disipar la espesa niebla esparcida por la culpa original sobre toda la humanidad?

Aunque bien puede y debe llamarse iluminada á María, por estar llena de la luz de la sabiduría y de la luz de la profecía, sin embargo, se le puede más propiamente atribuirle esta alabanza por estar llena de la luz de la fé. Así pensó San Ignacio, y la llamó: *Maestra de la religion cristiana*; así San Agustin, que la apellidó: *Madre de los creyentes*; lo mismo pensaba San Atanasio, proclamándola: *Destructora de las heregias*; y, finalmente, San Cirilo la encomió como *Cetro de la fé*.

De donde deriva, amados hermanos, la piadosa costumbre de tejer

guirnaldas de alabanza á la fé preclarísima de la beatísima Virgen, y, por consiguiente, el título con que la honramos hoy, llamándola NUESTRA SEÑORA DE LA FÉ, cuyo título comprendiendo el elogio de una virtud, que es el fundamento de todas las demás, y que sobresalió coronado de espléndidos rayos durante la vida mortal de María, debe ahora, que vamos á considerarlo, llamar toda nuestra atencion. Al dar principio á este exámen, no debo temer que deje de acompañarme vuestra piedad y reflexion, ya porque hablo á cristianos de una virtud que les es necesaria, ya porque hablo de María á los hijos que son tan devotos de esta Madre.

Entremos, pues, en materia, ocupemos nuestro entendimiento en la consideracion de tan importante argumento, y procuremos descubrir las riquezas que se encierran en él con abundancia. Y como que vivimos en un siglo, cuya incredulidad é indiferencia religiosa arrastran á muchísimos á sus doctrinas, la fé de María sirva de estímulo para creer á aquellos cuya fé vacila, y de norma para creer bien á aquellos que quieren creer con la sencillez y la exactitud propia de las almas cristianas. Saludémosla ántes con el ángel: A. M.

La fé es, según San Pablo á los Filipenses, y la Iglesia la definió en varios Concilios contra los errores de los pelagianos, un puro dón de Dios á los hombres, para que éstos sometan su razon á las verdades reveladas. Ahora bien; Dios enriqueció á María con todos los dones, la adornó con todas las gracias, y la elevó entre los mismos hombres más eminentes en santidad por mil singularísimas prerogativas; María encerró en sus entrañas cuanto la elevára sobre los mismos tabernáculos de Jacob, sobre los más yermos muros de la amada Sion, y sobre las más altas cumbres de los montes sagrados; María, no solo fué escogida, sinó que fué la primera en la gracia de la eleccion; no solo fué pura, sinó la sola preservada de toda mancha; no solo fué santa, sinó eminente en santidad. Por consiguiente, debía estar llena de tanta fé, que pudiese ésta corresponder á la grandeza de los demás dones, é introducirla en los más recónditos misterios de la divinidad, y que sobrepujase en fidelidad á las almas más fidelísimas. En efecto; María es la carísima esposa del Espíritu Santo. Pero la principal dote de un matrimonio y lo que forma su mayor prez es, que los esposos posean plenamente el corazon el uno del otro. El Espíritu Santo, pues, poseía todo el corazon de María, y María por entero el del Espíritu Santo; y cuando los esposos se poseen recíprocamente su corazon, entónces toda suerte de bienes son

comunes entre los dos; y, por lo mismo, si el Espíritu Santo era el esposo de María y si María era la esposa del Espíritu Santo, el Espíritu Santo, poseyendo el corazon de María, tuvo que recibir necesariamente sus más tiernos afectos; y María, poseyendo el corazon del Espíritu Santo, tuvo que recibir sus más especiales dones. Pero entre estos dones el principal es el de la fé, dón que el Espíritu Santo infundió primero en los hijos de adopcion. Así, pues, entre los demás dones el Espíritu Santo dió á María el de la fé, y la primera entre las demás virtudes dió María al Espíritu Santo los afectos mismos de esta fé. En efecto; fué por este dón, que apenas abiertos los ojos á la luz, mostró María en su virginal rostro los afectos santísimos de su corazon, y los rayos esplendorosísimos de aquel Dios que la llenó de gracias tan sublimes. Fué por este dón, que, niña aún, quiso retirarse al Templo, y con el homenaje del espíritu y del cuerpo mostrar á Dios su gratitud. Fué por este dón, que leyendo los sagrados libros se conmovía enteramente de santa alegría; y encontrando en ellos las profecias que anunciaban á la tierra su Salvador, aguardaba ardentemente la venida del anunciado Emanuel.

Y aunque María en todos los instantes de su vida hubiese mostrado una fé profundísima y singular, preciso es confesar, que en el día de su Anunciacion la manifestó de un modo más solemne. En verdad, se le anuncia un hecho para cuya realizacion el Criador del Universo no se desdeña de tratar con Ella; se le propone un misterio, que anunciado por Dios desde el principio del mundo, no puede verificarse sin el consentimiento de Ella; se le habla de la redencion del linaje humano, de tal manera, que aquel Señor omnipotente, el cual al crear la tierra no quiso por compañeros ni siquiera á los ángeles, para redimirla quiere que Ella sea su compañera. ¿Es Ella, pues, la árbitra del destino de todos los hombres? ¿Depende de Ella el que sea borrado el decreto de la condenacion? ¿Será Ella madre de un Dios, que es su Padre? ¿Dará el sér á un Dios, que es eterno? ¿Encerrará en su seno un Dios, que con una mano empuña los Cielos? ¿Y será madre sin dejar de ser virgen, será fecunda no por obra de varon, concebirá un hijo, que, engendrado y alumbrado por Ella, acrecentará su virginidad? ¡Oh misterio profundo, ante el cual es preciso que se aturda todo entendimiento! ¡Oh virtud de la fé de María, que se humilla y cree á un tal anuncio!

Verdad es que se turbó, que se puso pensativa, que estuvo dudosa; todo esto, empero, no fué por falta de fé, ni prueba de vacilacion en creer el misterio que se le anunciaba. Su turbacion, sus reflexiones,

• sus palabras dimanaban de otras virtudes que adornaban á aquella alma bienaventurada de un modo el más perfecto.

Se turbó, porque vió en el rincón más apartado de su humilde aposento presentársele delante un jovencito de graciosos modales, de fisonomía brillante, de hermoso porte; y es propio de las vírgenes, dice San Ambrosio, turbarse á la sola presencia de un hombre.

Se puso pensativa, inspirada de su humildad, pues, Ella, que se consideró siempre por la última de las criaturas, al oír que un arcángel la llamaba de repente llena de gracia, bendita entre las mujeres y favorecida de Dios, no acertaba á comprender en qué pudiese consistir aquella grande celebridad que se le anunciaba.

En fin, estuvo dudosa, no porque vacilase en creer el misterio y someter á la fé sus luces, sinó solo para informarse del modo con que debía concurrir á los designios de Dios, y conciliar la virginidad que había jurado á Dios con la maternidad de la cual el arcángel le hablaba.

La misma súplica de María prueba hasta que punto extraordinario fué viva y sublime su fé. Ciertó, que Ella cree en todo cuanto ha dicho el arcángel; cree en la grandeza de Aquel que se llamará Jesús; cree que Dios le dará el trono de David; cree que reinará sobre la casa de Jacob y que su imperio no tendrá fin. Turbada en los primeros instantes por las alabanzas que le tributa un arcángel, lo cual era una prueba de su modestia, no se turba por la manifestacion de un designio y de una obra, que á lo ménos hubieran debido causarle sorpresa y admiracion, lo cual es otra prueba de su fé inquebrantable. María cree en todo; y si abre los lábios para pedir una explicacion, no es que ponga en duda la posibilidad del hecho, sinó únicamente porque desea conocer el cómo deberá tomar parte, siendo virgen, en la obra del Señor; y por lo mismo, no dice cómo *podrá* suceder esto, sinó de qué *modo* esto se verificará. En fin, no pregunta para investigar los secretos del Señor, sinó para saber su voluntad; es una adhesion al voto jurado, es un deseo de conocer sus nuevos deberes, es un solícito cuidado de conciliar estado con estado, deber con deber, la dignidad de madre que le ha sido ofrecida con el candor de los lirios que ha jurado.

Mas volvamos otra vez á considerar el resultado de este diálogo entre María y Gabriel, y veremos brillar nuestro argumento de inmensa luz.

Es propio de la fé comunicar una especie de omnipotencia á las almas que la aceptan. En todo tiempo se vieron estos efectos prodigiosos, y el mismo Salvador dijo: que sus discípulos, firmes en la fé, obrarian maravillas aún superiores á las suyas. Por consiguiente, podemos concluir, sin duda alguna, que María tuvo una fé superior á la de todas las demás almas santas, siempre que nos sea concedido verla, en virtud de esta fé, obrar prodigios más estupendos que los prodigios de otros santos, é infinitamente superiores á los de todos ellos. Esto es precisamente lo que se nos muestra en el consentimiento dado por María á la Anunciacion de Gabriel, ya que se ve en María una omnipotencia, que, en cierto modo, se asemeja á la misma omnipotencia de Dios; porque si Dios con un *fiat* crió el mundo, con un *fiat* María engendró, en cuanto á la carne, al mismo Criador del mundo, é hizo que fuese su hijo Aquel, que, engendrado entre los esplendores de los santos, desde los siglos eternos, es el Hijo de Dios.

Esta omnipotencia fué comunicada á María por la grandeza de su fé. ¡Oh bienaventurada, le dijo Elisabeth, cuando divinamente inspirada reconoció la divina Maternidad de la hija de Ana, tú, que has creído! Y San Agustin añade, haber sido tan excelente la fé de María en creer cuanto de prodigioso le anunciara el arcángel, tan firme en la certidumbre con que lo creyó, tan fuerte en superar las dificultades que debía vencer para creerlo, que por este motivo llegó á cumplir el mayor de los milagros, y se vió elevada á la mayor de las grandezas.

Andaba el pueblo de Israel, libre de la esclavitud de Faraon, falto de agua, y perseguido por el impío á marchas dobladas; véase reducido á los últimos apuros; cuando Moisés, firme en la fé, ora hacia que brotase cristalina agua de una dura peña, ora que se separáran las aguas del mar Rojo; ora que el ejército enemigo hallase la muerte y el sepulcro en el abismo de las olas. Pues bien; ¿qué hay de comun entre la fé del caudillo hebreo, que golpea las peñas, agita las olas, y la fé de María, que conmueve el firmamento y mueve al Criador?

Retrocedia á la desbandada Gabaon bajo el impetu de los Israelitas, y únicamente en la inmediata noche esperaba salvacion y defensa, cuando Josué, firme en la fé, viendo escapársele por entre las sombras de la noche el fruto de la victoria, levanta los ojos al Cielo, ordena al día que se detenga, y el sol párase obediente á aquel mandato. ¿Y qué comparacion puede establecerse entre la fé de este invicto caudillo, que detiene en su carrera un globo de fuego, y la de María, que hace descender del Cielo al Sol eterno de justicia, al increado Hacedor del Universo?

Retrocedia á la desbandada Gabaon bajo el impetu de los Israelitas, y únicamente en la inmediata noche esperaba salvacion y defensa, cuando Josué, firme en la fé, viendo escapársele por entre las sombras de la noche el fruto de la victoria, levanta los ojos al Cielo, ordena al día que se detenga, y el sol párase obediente á aquel mandato. ¿Y qué comparacion puede establecerse entre la fé de este invicto caudillo, que detiene en su carrera un globo de fuego, y la de María, que hace descender del Cielo al Sol eterno de justicia, al increado Hacedor del Universo?

Dormía plácidamente Abrahán, é interrumpiendo de improviso la voz del Señor su sueño, le manda sacrificar á su unigénito, á aquel mismo de quien esperaba que se multiplicaría su posteridad como las arenas del mar; y Abrahán, creyendo que Dios omnipotente y fiel en sus promesas hallaría el modo de unir su esperanza y su fé, miéntras que intrépido levanta la cuchilla sobre el cuello de Isaac, halla premiado en la conservada y fecunda vida de Isaac el heroísmo de su esperanza y de su fé. Ahora bien; ¿qué parangon puede haber entre la fé del patriarca de Mambré, que le hace padre de muchos hijos cuando se preparaba para inmolar á su único hijo, y la fé de María, que la hace madre sin dejar de ser vírgen, uniendo la fecundidad con lo que forma su principal obstáculo?

Este, por la fé, calmó la furia de los vientos; María calma el enojo de Dios, y quitándole de la mano el rayo de la justicia, le hace descender en sus entrañas vestido de nuestra frágil naturaleza. Aquel, por la fé, sosegó las aterradoras olas del mar; María, haciendo que se realice la inspirada Redencion, detiene el desbordado torrente de las victorias del Infierno. Otro, por la fé, trasladó montes de un lugar á otro; María mueve el Cielo y la tierra, y resucita á la luz y á la vida á las innumerables personas sumergidas en los horrores de las tinieblas y de la muerte. Por consiguiente, la fé de María es superior á la fé de todas las almas más fieles, puesto que su fé hace obrar prodigios suspirados desde muchos siglos. ¡Oh bienaventurada, repitamos aquí con la inspirada Elisabeth, ya que ahora podemos repetir sus palabras con pleno conocimiento de causa; bienaventurada tú, que has creído, porque se cumplirán las promesas que se te han dicho de parte del Señor.

Y si fué tal la fé de María ántes de que el Verbo se encarnase en sus virginales entrañas, ¿sabráis decirme hasta qué punto fué elevada despues de cumplido este sublime misterio? Es preciso considerar, hermanos míos, que á medida que el sol se acerca á nuestro hemisferio, se retiran las tinieblas de la noche y se extiende la luz sobre la tierra; de la misma manera, cuanto más se acercaba el tiempo en que debía brillar para nosotros el Sol de justicia, más se disipaban las tinieblas en que estaba envuelta la tierra, y más se esclarecían las verdades de la fé. Así, pues, los que estuvieron más próximos á la venida del Mesías, como los patriarcas y los profetas que lo estaban con el espíritu, quedaron iluminados con mayor luz. Ahora bien; nadie estuvo más próximo al Mesías que María, que le llevó en sus entrañas, que le estrechó entre sus brazos, que le ali-

mentó en sus pechos, y que le siguió desde la cuna hasta á la muerte; de tal manera, que fué casi una misma cosa con El. Por lo tanto, nadie pudo tener toda aquella plenitud de luz que Ella tuvo.

Y es ciertamente en este concepto, que la fé de María, elevada á toda su grandeza, no puede, de ningun modo, hallar comparacion entre los hombres; porque si los justos vivían por la fé, esta fé era el conocimiento de Dios, no el mismo Dios como en María; y si la fé de los justos se apoyaba en la palabra de Dios, esta palabra era manifestada por los profetas y los apóstoles, pero no manifestada por el mismo Dios, como en María. Hecha Madre del Señor, en Ella hace, en cierto modo, las veces de fé el mismo Verbo del divino Padre; la misma verdad sustancial realmente encarnada en su seno es el mismo sugeto de la fé que encierra en sus entrañas. Así, pues, en María se levanta el grande edificio de la fé de todos los siglos; en María empieza la admirable cadena de los portentos que difundirán la fé por todo el mundo; en María se dá vida al Autor mismo de la fé; y, por consiguiente, la fé de María sobrepuja inmensamente la de todos los demás hombres.

Y de tanta fé tenía necesidad María, pues, aunque iluminada de vivísima luz acerca de los misterios de la Divinidad, tuvo que creer firmísimamente misterios del todo incomprensibles. Y ahora no me refiero á la Encarnacion, en que se le presentaba un inmenso Dios empequeñecido para hacerse hombre; sino á la Pasion, en la cual se le presentaba este mismo Dios hecho hombre condenado al suplicio de los infames. Entónces vió que toda Jerusalén cobraba un odio implacable contra su Jesús; oyó las voces de las turbas que le llamaban malhechor; conoció las astucias de la Sinagoga, que quería quitarle la vida; y supo la sentencia que le condenaba al patíbulo. Entónces halló que los hombres más feroces le aparejaban con los verdugos, los más nuevos suplicios con las espinas, el lugar más vituperable en el Calvario, y la muerte más cruel en la cruz. Entónces vió, que le escupían en el rostro, que le arrastraban por tierra, que le empujaban á golpes, que le arrancaban los cabellos, que le daban á beber hiel, y que insultaban sus dolores con audacia insolente. Y sin embargo, oponiéndose con la plenitud de su fé casi al mundo entero, que se hizo infiel á su Dios, adoraba á un Dios en el hombre que pendía de la cruz como un asesino. Tuvo fé en la sabiduria de Aquel, que escarnecido é insultado de mil maneras, no contestaba á las injurias que de todas partes se le echaban en cara, y con las cuales le mortificaba tambien la hez del pueblo. Tuvo fé en la omnipotencia

de Aquel, que preso por los Judíos, atado con cuerdas, llagado por los azotes, clavado en el patíbulo, no dió señal alguna de su poder, ni bajó de la cruz como le aconsejaban sus perseguidores en són de mofa. Tuvo fé en la santidad de Aquel, á quien todos acusaban reo de mil delitos, llamándole endemoniado y cismático los fariseos, la plebe, los príncipes, los soldados, los sacerdotes y los jueces. Ella sola fué la gran Mujer, cuya fé se mantuvo viva y firme en medio de las tinieblas mismas, que arrastraban á todos los demás hombres á las tinieblas de la infidelidad.

María, pues, fué el más admirable prodigio de la fé católica, que pudo ofrecerse al mundo, prodigio tanto más bello cuanto más singular; fué la columna firmísima, que sacudida por poderosas maquinaciones del Infierno y por formidables culpas de la iniquidad, tan funesta para la mayor parte de los creyentes, no pudo ser derribada; fué la antorcha luminosísima que, aunque batida por vientos contrarios, no se extinguió; ni amenguó su luz la más mínima sombra.

Ahora bien, hermanos míos: esta fé tan viva, tan grande, tan ilimitada, ¿qué ejemplos no nos ofrece? ¿qué lecciones no nos explica? ¿de cuánta confusion no nos llena, siendo nosotros tan tibios y tan débiles? ¿Y cómo podremos presentarnos ante las imágenes de María, si no la imitamos en esta virtud que tan necesaria es á los cristianos? ¿Cómo podremos acercarnos á sus altares no cumpliendo con los deberes que nos propone la fé, y mostrándonos por esta parte peores que los mismos infieles? En fin, ¿cómo podremos invocarla con el nombre especialísimo de Nuestra Señora de la Fé, si por las tentaciones en que caemos y las malas acciones que cometemos, nos excluimos del número de los verdaderos fieles?

La fé de María nos enseña á descansar en la palabra de Dios, que registrada en la Biblia con caracteres indelebles no engaña jamás, y que pronunciada por los infalibles lábios de la Iglesia católica, nos sirve de norma segura y verdadera guía en el destierro de esta peregrinacion. La fé de María nos enseña á no ceder en la duda y en la incertidumbre por las contradicciones que nos parece ván contra Jesucristo y su verdad, y las cuales Dios permite para que nuestra fé adquiera más mérito y más valor en medio de las pruebas. Que nada pues, nos impida venerar en María á Nuestra Señora de la Fé, siguiéndola por este camino. La fé de Jesucristo colma de paz á todo corazón afligido, y llena de consuelo á toda alma atribulada. Esta fé enjuga las lágrimas de los que lloran, mostrándoles un porvenir de

gozo y de gloria; esta fé refrena la risa immoderada de los mundanos, mostrándoles un porvenir de dolores y de tormentos. Por consiguiente, lo mismo si somos dichosos que desdichados, amemos siempre la fé de Jesucristo, y postrados ante este altar consagrado á Nuestra Señora de la Fé, prometamos conservarla inmaculada en nuestros corazones y trasmitirla pura á la posteridad.